

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

El espacio normativo de la izquierda y la nueva geometría de la política [The policy space on the left and the new geometry of politics]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Cisneros Ramírez, Isidro
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-07-01 16:14:12
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219657

El espacio normativo de la izquierda y la nueva geometría de la política

Isidro Cisneros Ramírez

Isidro Cisneros Ramírez: politólogo mexicano, profesor-investigador de Flacso-Mexico.

Resumen:

En este trabajo se pretende pasar revista a los más importantes desafíos que la izquierda latinoamericana enfrenta en cuanto concepción y modalidad de la política en la frontera del siglo XXI. Se analiza al conjunto de fenómenos que han conducido al «eclipse de la izquierda» como fuerza de transformación de las inequidades sociales y políticas existentes en las sociedades contemporáneas; las más importantes adquisiciones del valor (disenso y tolerancia) que la izquierda debe asimilar en su nuevo discurso programático. Se propone por último el análisis de una serie de cuestiones que tienen que ver con el compromiso que la izquierda del próximo milenio debe establecer con los problemas derivados de la extensión de los derechos de ciudadanía para el mayor número de los individuos.

Por mucho tiempo la izquierda creyó poder gozar de dos ventajas: de encontrarse sobre la punta de la ola de la historia y de estar anclada, en los frentes mundiales, a fuerzas que habían garantizado de cualquier modo, a pesar de sus grandes contradicciones, un futuro mejor para la «humanidad entera». Hoy aparece definitivamente claro que no puede contar más sobre tales presupuestos, que es necesario aprender a nadar contra la corriente y (al menos al inicio) en relativa soledad. Remo Bodei.¹

A manera de introducción, iniciaremos este conjunto de reflexiones con una constatación: actualmente se desarrolla un fenómeno singular caracterizado porque la izquierda, en cuanto concepción y modalidad de la política, parece incapaz de ofrecer respuestas alternativas de frente a los grandes desafíos que acompañan el final del siglo XX. Desde su nacimiento con la Revolución Francesa y a lo largo de 200 años, la izquierda representó una oferta política que ofrecía el «nuevo mundo» y la «sociedad del futuro», en donde las contradicciones sociales habrían de desaparecer. Esta parálisis de la izquierda acontece, paradójicamente, en

¹ «Mutamenti di identità» en *Le idee della sinistra*, Editori Riuniti, Roma, 1992, p. 27.

un momento en el que estamos viviendo un cambio de época y en el que la izquierda tendría ante sí una oportunidad histórica para constituirse en una alternativa. Por si esto fuera poco, hoy las resistencias para la reformulación de un proyecto de la izquierda aparecen como un horizonte insuperable. En efecto, llama la atención que en muchas partes del mundo la izquierda se presenta indisolublemente anclada a un sinfín de esquemas culturales y políticos del pasado, suprimiendo sus propias posibilidades para ofrecernos una perspectiva renovadora. Pero en este punto surge la necesidad de cuestionarnos sobre las razones del fracaso del modelo político que encarnó el llamado «socialismo real». Intentaremos enumerar algunas: en primer lugar la naturaleza antidemocrática de los regímenes que nacieron con la Revolución de Octubre, le siguen la ausencia de oposición y de capacidad autocorrectiva de tal sistema de poder, la violación sistemática de los derechos individuales, la ineficiencia económica de la centralización planificada, el carácter totalizante y autorreferencial de la ideología comunista, la rigidez de las jerarquías en la esfera social y política, así como la presión sofocante del Estado sobre la vida social. A estas razones se podrían agregar, sin duda, muchas otras².

El declive de la izquierda

La caída del muro de Berlín, la guerra del Golfo, las repercusiones de la reunificación alemana y la disgregación del imperio soviético, así como la tragedia yugoslava, han sido eventos tan importantes que han transformado radicalmente casi todas las certezas de que disponíamos imponiéndonos, en efecto, una «relectura» completa del pasado. Las «revoluciones democráticas de 1989» no sólo marcaron el final del comunismo histórico, entendido como un particular tipo de régimen político basado en una ideología que pretendía la emancipación humana, sino que también han promovido una serie de tensiones económicas, políticas, sociales y culturales que han afectado los equilibrios tradicionales sobre los que se había cimentado el conjunto heterogéneo de las democracias occidentales. A este respecto podemos decir que ha muerto el antagonismo histórico que existía entre capitalismo y comunismo mientras que, al calor de las transformaciones producidas, nuevas tensiones han aparecido en la escena mundial. La importancia de esta referencia al «derrumbe del socialismo real» radica en que el proyecto comunista encarnaba el símbolo-clave de la realización política que impulsaba la izquierda tradicional. No obstante su evidente fracaso, resulta significativo que la utopía comunista aún tienda a representar –para una parte no irrelevante de los grupos que se reclaman a esta

² Giancarlo Bosetti: *Il legno storto (e altre cinque idee per ripenare la sinistra)*, Marsilio, Venecia, 1991, p. 23. Por otro lado, un excelente análisis sobre la transformación total de «la más grande utopía política de la historia» nos lo ofrece Norberto Bobbio: *L'Utopia Capovolta*, La Stampa, Turín, 1990, pp. 127-128.

tradición de pensamiento— el paradigma central de su proyecto social y político. Otro efecto que ha influido en el cambio de identidad por el que está transitando esta particular concepción de la política, se ha desarrollado después de 1989 y es representado por lo que algunos estudiosos han denominado «la crisis de la dicotomía derecha-izquierda» como uno de los elementos de lectura para caracterizar las modernas relaciones políticas. Mientras que en el pasado las nociones izquierda-derecha desempeñaban un papel relevante en la construcción de identidades para la competencia política, actualmente se considera que dichas coordenadas resultan insuficientes incluso para identificar el ámbito de la conservación y del progreso, proporcionándonos sólo una pálida percepción acerca del espacio político en el que se inscribe la confrontación entre los diversos sujetos de la democracia³. Regresando al problema del «eclipse de la izquierda» es posible considerar, no obstante todo, que la cuestionada distinción entre izquierda y derecha aún tiende a caracterizar el debate político, ya que los problemas de libertad y de justicia social que «la más grande utopía de la historia» no logró resolver se han trasladado al interior de las democracias, es decir, a la única forma de gobierno conocida que, a pesar de sus imperfecciones, puede garantizar la convivencia pacífica entre las diversas formas de consenso y de disenso⁴. Esto nos confirma la inexistencia de un espacio de la política único y con validez universal. La vigencia de la distinción analítica entre quienes colocan en segundo plano la solución de las desigualdades políticas y sociales y aquellos que intentan establecer no iguales puntos de partida sino más bien iguales puntos de arribo (limitando los arbitrios que la selección natural y meritocrática produce en la vida social) puede ser útil para analizar los problemas del fin del siglo⁵. Ante este panorama surge la imperiosa necesidad de reformular los esquemas normativos que integraban el proyecto de la izquierda en el viejo mapa político.

No obstante la urgencia de tal reformulación programática, una de las mayores contradicciones del momento actual radica en que de frente a las profundas transformaciones que enfrenta la política, la izquierda muy frecuentemente opte por opciones de tipo conservador al mantener su punto de referencia en los esquemas políticos del pasado. En esta lógica, es posible afirmar que gran parte de la izquierda latinoamericana se ha convertido en defensora del statu quo sobre todo en lo que se refiere a una serie de cambios que requieren de opciones alternativas de carácter progresista. Actualmente, por ejemplo, no resulta coherente mantener «por principio» una constante oposición a la apertura de los mercados y a

³ «La invención de izquierda y derecha (...) introdujo el «principio de paridad» en la vida política moderna». Steven Lukes: «Che cosa e rimasto?» en *Sinistra punto zero*, Donzelli Editore, Roma, 1993, p. 53.

⁴ Norberto Bobbio: *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*, Taurus, Madrid, 1995, pp. 187.

⁵ Albert Martinelli y Michele Salvati: «'What is left'». *La sinistra disincantata* en *Il Mulino* año XLII N° 346, 3-4/1993, p. 229.

la innovación tecnológica sobre todo si ésta se realiza, como ha ocurrido en algunos países, en aras de una defensa a ultranza del anquilosado mundo sindical. La conocida práctica de inspiración leninista de la relación partido-sindicato representa solamente uno de los muchos aspectos sobre los cuales la izquierda tradicional se ha negado a modificar sus concepciones decrépitas, contribuyendo de este modo a generar una serie de tensiones entre un movimiento de vanguardia emergente que es representado por la estructura piramidal de cuadros y un sujeto político colectivo encarnado en la organización sindical que tiende a aparecer, en el mejor de los casos, como una *fuera auxiliar* y en el peor, como una *correa de transmisión* en el «proceso histórico de transformación social»⁶. Otras tensiones que se han manifestado se derivan de la vieja identificación entre crecimiento económico, justicia social y trabajo estable de por vida. Las nuevas condiciones hacen necesario tomar en cuenta estos aspectos, que la izquierda no debería desdeñar, en la búsqueda, por ejemplo, de una intervención alternativa del Estado en la economía que establezca —aquí sí por principio— una igualdad de oportunidades acompañada de reducciones del horario de trabajo y por políticas eficaces en contra del desempleo y la evasión fiscal. De esta manera, las relaciones que es posible establecer entre el futuro de la izquierda y los nuevos problemas sociales son hoy materia de amplias discusiones en las sociedades democráticas⁷.

Para poner otro ejemplo de las muchas tensiones con las que se enfrenta la izquierda tradicional mencionaremos su difícil relación teórica y política con la categoría de «mercado». Aquí debemos recordar que si bien la llamada «contradicción fundamental» no se desarrolla ya entre capitalismo y socialismos sí se desarrolla entre sociedades cerradas (cuya lógica es la acumulación) y sociedades abiertas (cuya lógica es el intercambio)⁸. En consecuencia, consideramos que suprimir al mercado significaría actualmente suprimir una de las condiciones de la democracia. Lo anterior porque hoy en día el capitalismo representa, sobre todo, un modo de intervención sobre el mercado que, en cuanto tal, puede ser también modificado por el desarrollo de la civilización productiva. En síntesis, la izquierda tiene ante sí una buena oportunidad para salir en modo definitivo de un debate que hoy por hoy carece de sentido: debe

⁶ «La división de tareas entre el sindicato y los partidos, implicaba una separación conceptual entre lo social y lo político; entre el proceso distributivo y el movimiento determinante de la redistribución de poderes». Bruno Trentin: «Eguaglianza e libertà» en *Le idee della sinistra*, Editori Riuniti, Roma, 1992, p. 40.

⁷ Es el caso, por ejemplo, del rol desempeñado por la izquierda frente al imperio de la comunicación de masas en un sistema democrático. Cf. N. Bobbio, G. Bosetti y G. Vattimo: *La sinistra nell'era del karaoke*, Conselli, Milán, 1994.

⁸ Ralf Dahrendorf: 1989. *Riflessioni sulla rivoluzione in Europa*, Laterza Sagittari, Roma, 1990, pp. 23, 34 y 54. Aunque estos temas han continuado iluminando las reflexiones de Dahrendorf posteriormente; cf. *La democrazia in Europa*, Laterza, Bari, 1992; y *El conflicto social moderno. Ensayo sobre la política de la libertad*, Mondadori, Madrid, 1990.

aprender a oponerse a la lógica de la ganancia no en nombre de un imposible comunismo sino más bien en nombre del principio de una libre e igual contractualidad entre los individuos. Es necesario, como resultado de lo anterior, que la izquierda logre emancipar el valor de la igualdad de los resabios de un igualitarismo trasnochado y en este sentido, resulta de vital importancia insistir en la necesidad de restablecer una igualdad de oportunidades tanto en los puntos de partida como en los puntos de arribo para todos los ciudadanos, pero sin olvidar que es igualmente indispensable evitar la formación de fuerzas que puedan anular, de alguna manera, esta igualdad de oportunidades en la competencia de mercado⁹. Los límites para una posible reconstrucción de la deontología de la izquierda, concebida como el «programa máximo» para la transformación radical de una sociedad capitalista considerada estructuralmente opresiva e injusta, se encuentran precisamente en el hecho de que aún se debe definir el elenco de dichos principios normativos, buscando que en este esfuerzo se ofrezcan nuevas soluciones a los problemas de injusticia y pobreza a partir de los cuales tal paradigma se desarrolló y que actualmente se mantienen, con una espantosa actualidad, en una gran parte del planeta.

A continuación analizaremos los nuevos problemas relativos al disenso y a la tolerancia. En nuestra opinión, estas dos categorías representan un posible espacio en la necesaria reformulación de la dimensión propiamente normativa del discurso de la izquierda. Consideramos que este conjunto de percepciones deben transformarse si es que la izquierda desea volver a constituir un punto de referencia de la política.

La izquierda y el disenso democrático

Así como el mercado, también la justa ponderación del diseño resulta vital en un programa de la izquierda para la convivencia democrática. Aunque la teoría de la democracia tuvo un impulso con las ideas del liberalismo y en abierta contraposición con aquellas del socialismo, con el tiempo se ha desarrollado entre ambas concepciones una relación de mutua complementariedad. Debemos reconocer, sin embargo, que la historia de la democracia no coincide con la historia de la izquierda porque la democracia no siempre enarbó los valores defendidos por esta última y

⁹ «La igualdad de oportunidades es un término del léxico de la teoría democrática. En cierto aspecto, la tradición socialista ha puesto el acento sobre la igualdad de resultados... se basa sobre una interpretación más exigente del reclamo de igualdad (y) tiende a considerar ilusorio el sistema de las libertades liberales y democráticas en el sentido que pone el acento más sobre los derechos y sobre las capacidades efectivas de control de las propias vidas». Cf. Salvatore Veca: «Libertá e eguaglianza. Una prospettiva filosofica» en *Progetto 89*, Il Saggiatore, Milán, 1989, pp. 27 y 28. Para un análisis de «sociedad justa», considerada como un sistema de cooperación en el tiempo entre ciudadanos que son contemporáneamente libres e iguales. Cf. John Rawls: *Liberalismo Político*, Edizioni di Comunitá, Milán, 1994.

porque existió una influyente izquierda de carácter no democrático. No obstante todo, hoy la izquierda resulta un componente fundamental de la democracia y de sus procesos de renovación. Estudiar los problemas que en estos momentos encarna un proyecto alternativo de la izquierda significa sobre todo hacer referencia al futuro de la democracia y de manera particular al modo cómo han evolucionado los sistemas representativos, la función del gobierno y el sentido de la acción pública en la vida social. Al respecto, la respuesta al problema sobre cuál es la democracia apropiada para las sociedades en transición resulta de una gran importancia porque representa uno de los puntos de partida para la impostergable discusión sobre el tipo, la dinámica y los alcances de las transformaciones por la que actualmente transitan diversos regímenes políticos en América Latina. Dicha reflexión es fundamental no sólo para definir el nuevo rol de la izquierda, sino también para caracterizar cuáles son los valores y los principios, los procedimientos y las «reglas del juego» que nos permiten evidenciar el carácter que en su lento desarrollo pueden adoptar los procesos de cambio político. Es precisamente en este contexto que se han venido discutiendo propuestas de variado tipo sobre la «democracia posible» en la región. A pesar de que este ha sido un debate productivo, no siempre tuvo como resultado un acuerdo sobre el tipo de régimen democrático que requiere la convivencia civil en nuestros países y sobre todo sobre cuáles podrían ser las características de una izquierda democrática. Antes de pasar a discutir este problema es necesario acotar los términos del debate. Con el concepto «democracia» se pueden entender muchas cosas diversas, pero sobre todo dos que deben permanecer analíticamente diferenciadas porque de su confusión han nacido una gran cantidad de discusiones ociosas. En primer lugar es posible hacer referencia a «un complejo de instituciones o de técnicas de gobierno: sufragio universal, régimen parlamentario, reconocimiento de los derechos civiles, principio de mayoría y protección de las minorías»; sobre esta base, el régimen democrático puede ser caracterizado, en segundo lugar, como aquella forma de gobierno que se fundamenta no solamente en un conjunto de instituciones sino que también otorga una gran importancia a «un centro-ideal», aquí la referencia no es a los medios o procedimientos, sino a los fines que se quieren alcanzar. Dicho centro-ideal estaría representado por los valores que inspiran y a los cuales tiende la democracia.

En relación con la dimensión normativa de la democracia pensamos en una izquierda para el siglo XXI que pueda representar el «partido de los derechos» y sobre todo de los derechos de ciudadanía. Los valores de libertad que encarnan dichos derechos derivan de la superación de la vieja contraposición entre forma y contenido de la democracia. En los tiempos que corren es evidente que la democracia es formal o no es nada, ya que ella constituye principalmente un proceso, o más bien un

conjunto de procesos, para la formulación de las decisiones colectivas¹⁰. Sin embargo, debemos evitar el equívoco de considerar la democracia simplemente como un método, ya que justamente en sus procedimientos existe un aspecto sustantivo que la hace deseable y que la transforma en un fin y, por lo tanto, en un valor en sí mismo. Este aspecto constituye «el valor-base de la política» sin el cual otros valores no pueden ser perseguidos. Dicho de otro modo, el proceso democrático no asegura que serán tomadas buenas decisiones pero constituye, en cualquier caso, un aspecto positivo que las decisiones colectivas sean tomadas a través del proceso democrático, que incorpora justamente en su aspecto técnico y formal valores fundamentales como la igualdad y la autonomía personal. Es en este aspecto que encontramos una paradoja –que afecta tanto a la izquierda cuanto a la democracia– y que es representada por el modo como puede darse adecuada respuesta a las «reivindicaciones de ciudadanía» que son expresadas por individuos y grupos culturalmente diferenciados pero que, mientras reclaman instrumentalmente el reconocimiento de sus derechos por un lado, por el otro no están dispuestos a reconocer legitimidad universal al formalismo democrático.

En este sentido, otro aspecto importante para analizar las tensiones que han surgido entre izquierda y democracia se refiere a la necesaria delimitación de los territorios de confluencia que existen entre el consenso y el disenso, dado que la coexistencia entre dichos procesos de apoyo y repulsión puede contribuir al perfeccionamiento de la calidad democrática de nuestras instituciones políticas. Deseamos recordar que existen diferentes tipos de consenso y de disenso y que algunos de ellos, en efecto, resultan funcionales para la sociedad democrática. Tan es así que lo que, entre otras cosas, permite distinguir una democracia de otra forma de gobierno no democrática es que el régimen democrático se funda sobre la contemporánea existencia de consenso y disenso. Este mecanismo garantiza que la mayoría admita y respete el disenso de las minorías. En el autoritarismo, por su parte, generalmente existe el imperio de un consenso absoluto que no admite el disenso porque pretende ser el representante del consenso general¹¹. Si se considera que tanto la democracia como el autoritarismo constituyen formas antitéticas para la organización del poder político y que éstas se distinguen entre sí por «el tipo de relación» que se establece entre gobernantes y gobernados, entonces podemos concluir que el autoritarismo representa una forma de gobierno que tiende, en modo sistemático, al aniquilamiento de cualquier tipo de disenso empleando para este fin medios discrecionales y, por lo tanto, ilegales. Por otro lado, no se debe olvidar que muchas de estas prácticas fueron aplicadas en países que en algún momento de su historia

¹⁰ Umberto Cerroni: «Procesos, formas e instituciones» en *Reglas y valores de la democracia*, Alianza Editorial, México, 1991, pp. 128-149.

¹¹ Norberto Bobbio, «C'è dissenso e dissenso» en *Le ideologie e il potere in crisi*, Le Monnier, Florencia, 1981, p. 35.

mantuvieron gobiernos de izquierda. En este sentido, la nueva identidad de izquierda en América Latina debe asumir que para el buen funcionamiento del gobierno democrático no es recomendable la existencia de un consenso unánime que, cuando existe, resulta nocivo para la ampliación de su propia democraticidad. Democracia no significa entonces ausencia de disenso. Desde este punto de vista, la izquierda puede aumentar su legitimidad en la medida en que logra transformar un «disenso radical» en relación con las instituciones y su funcionamiento, en una «oposición legítima» al régimen político. Es claro que para facilitar el paso del disenso extremo al disenso moderado es necesaria una más estrecha correspondencia entre las acciones del gobierno y el sentir de la mayoría de los gobernados. En este sentido, conviene tener siempre presente que el funcionamiento de la democracia se basa en la existencia de un consenso que no excluya, en ningún modo, el disenso y de un disenso que no neutralice, bajo ninguna circunstancia, el consenso. El disenso se puede expresar de varias formas, desde aquellas que representan un disenso moderado y racional hasta aquellas formas más intensas y radicales que dan lugar al desarrollo de oposiciones anti-sistema que en no pocas ocasiones han pretendido imponer el cambio político por medios violentos. Cuando diversos grupos recurren en modo sistemático al uso de medios ilegítimos de disidencia, entonces quiere decir que estos actores políticos consideran que ha llegado el momento para la ruptura del orden institucional; significa, en otras palabras, que dichos actores no están conformes con la representación política y que, por lo tanto, consideran necesario un nuevo pacto que haga posible la transformación del régimen político. La izquierda debe asumir, entonces, la viabilidad de la política «de los pequeños pasos». Es responsabilidad de todos los actores políticos reconocer que los regímenes democráticos y pluralísticos son los únicos capaces de tutelar el disenso y la libertad de crítica, aplicando efectivamente las normas y los procedimientos que garanticen el pleno ejercicio de los derechos civiles y políticos. En este sentido, el disenso resulta funcional para la democracia ya que puede representar un «motor para el cambio», contribuyendo a mejorar la «calidad» y el «rendimiento» del gobierno.

La izquierda y el principio de la tolerancia

La coexistencia del consenso y del disenso debe llevar a la constitución de *sociedades fundadas sobre la tolerancia*. En efecto, el elemento que mantiene en constante equilibrio a estos dos procesos de la vida democrática es representado por aquella que se expresa de manera clara en un acuerdo que opta por el método de la persuasión antes que por el método de la fuerza¹². Es justamente en esta perspectiva que la

¹² La tolerancia «nace de la idea de que la verdad tiene todo que ganar si soporta el error de los otros porque la persecución, como la experiencia histórica muy seguido demuestra, en lugar de extirparlo lo refuerza... en el tolerante no existe soportación

democracia también puede ser definida como aquel sistema de convivencia en el que las técnicas de la argumentación y del convencimiento sustituyen a las técnicas de la coacción y de la imposición para la solución de los conflictos sociales. A partir del período abierto por los cambios políticos y culturales que generó la Revolución Francesa y bajo cuya inspiración se desarrolló la izquierda, la tolerancia se transformó pasando de precepto moral a norma jurídica favorecida por el reconocimiento de los derechos inalienables del individuo y del ciudadano. Es importante tenerlo presente porque la tolerancia impuso a los ciudadanos un código de conducta civil con una valencia universal que representó el buen gobierno (o el gobierno de las leyes), distinguiéndolo del mal gobierno (o gobierno de los hombres). Sin olvidar las intolerancias de inspiración jacobina que también generó dicha revolución, debemos afirmar que el principio de la tolerancia encontró las bases para ser concebido, y no sin dificultades, como un «precepto ético de la convivencia» entre los hombres sin importar su credo y su orientación política. La historia reciente nos ha enseñado que frente a la tolerancia existe sólo la persecución, y en muchos casos la eliminación del adversario, es decir, de aquel que sostiene posiciones diferentes a las nuestras. En consecuencia la intolerancia, ejercida muchas veces al interior de la izquierda en contra de la propia izquierda, constituye el verdadero enemigo de la democracia ya que el punto crucial de las construcciones totalitarias casi siempre ha residido en la exasperación de la idea de «oposición».

En efecto, la construcción schmitteriana de «enemigo» ha representado una enfermedad de la política sobre todo durante el presente siglo. No olvidemos que la distinción amigo-enemigo aparece como un fundamento contemporáneo de la política y del poder. En las nuevas condiciones de la democracia la izquierda debe propugnar por una política tolerante que establezca la premisa de que el enemigo es sólo un adversario contingente; es decir debe reconocer en el otro, en el diverso, no más un enemigo a destruir sino un adversario al que se le debe reconocer la posesión de una porción de verdad reduciéndolo al mínimo las condiciones del desencuentro. La tolerancia constituye un valor ético de la democracia que la izquierda puede hacer suyo reconociendo la necesidad de un consenso social mínimo para que un régimen funcione en modo civilizado, renunciando expresamente al uso de la violencia para la solución de los conflictos y de las discrepancias políticas. Un proyecto reformador de la izquierda orientado al futuro debe hacer una «apelación a los valores» aceptando la tolerancia principalmente como un deber ético y no sólo porque sea políticamente eficaz¹³. Se debe evitar el error de

pasiva y resignada del error, sino confianza en la razón o en la racionalidad del otro y el rechazo consciente de la violencia para obtener el éxito de las propias ideas». Cf. Norberto Bobbio, «Lode della tolleranza» en *L'Utopia Capovolta*, ob. cit., p. 141.

¹³ Norberto Bobbio: *El futuro de la democracia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 30.

considerar la tolerancia como indiferencia y para aquellos integrantes de la izquierda que «aman las convicciones fuertes», es necesario recordar que el tolerante está seriamente comprometido con la defensa del derecho de cada individuo a profesar «su verdad», y en este sentido, la tolerancia no implica en ningún modo la renuncia a sus propias convicciones, al contrario, el esfuerzo común, el respeto mutuo, la voluntad de diálogo y el disenso constituyen sinónimos de la tolerancia. Imponer los valores de la democracia resulta imposible, pero tratar de hacerlos universales es un deber, y en este sentido, la democracia no es un medio sino un fin en sí mismo. Una izquierda que asumiera la temática de la tolerancia como eje central de su propia cultura sería una izquierda nuevamente a la ofensiva sobre las condiciones de la modernidad. En este sentido, la izquierda del siglo XXI deberá ser capaz de transformar la tolerancia de los otros en su propia tolerancia. Rediseñar los elementos para una reconstrucción cultural y política de la izquierda es posible si tomamos en cuenta que no existe política, y ciertamente no puede existir una política de izquierda, sin ideas. En este sentido, una nueva identidad cultural de la izquierda estaría representada por los conceptos: solidaridad, inclusión, diversidad y sobre todo, tolerancia. Si la izquierda no fue capaz de transformar en política cotidiana el rico legado de ideas de que dispuso durante decenios ha sido en parte por el hecho, no menos significativo, de que no supo aceptar a su interior la convivencia de las diferencias. El «deseo de integridad» que la izquierda latinoamericana ha encarnado se ha nutrido en la mayoría de las ocasiones de un fuerte amor por las fragmentaciones, las luchas intestinas y las escisiones continuas. Esta incapacidad para convivir con las diferencias no ofende solamente a la tolerancia y al pensamiento democrático, constituye una afrenta a la sociedad moderna organizada sobre la base de la diversidad y la pluralidad.

¿Una izquierda para el futuro?

La pregunta con la que deseamos concluir este ensayo y que dejaremos abierta, podría ser planteada en los siguientes términos: ¿es posible hablar de una izquierda para el siglo XXI?, y si esto es así, ¿puede ella ser identificada con el movimiento socialista y con el principal sujeto social de este proyecto que fue representado por la clase obrera? Hemos ya señalado que los programas y las ideas de la renovación política, social y cultural han influido muy poco en la izquierda con un resultado desalentador. Aunque hemos podido mencionar algunos de los posibles «ítems» y problemas que este proceso debería asumir, a nivel mundial aún resulta extremadamente difícil caracterizar no sólo los perfiles para un nuevo programa de la izquierda sino, sobre todo, quiénes podrían asumirse como los sujetos del cambio. Es claro que hoy el concepto de *izquierda* puede ser traducido en cosas muy diversas entre ellas y en no pocas ocasiones puede incluso representar programas, símbolos y agrupaciones de carácter antagónico. En este escenario de ausencia de

incertidumbres aquello que sí estamos en condiciones de sostener es qué cosa la izquierda no es y no puede –de ninguna manera– volver a representar: no la planificación centralizada, la abolición del mercado y de la propiedad privada; tampoco el partido único, la ideologización de la cultura, la colectivización forzada o la supresión de las libertades individuales. En síntesis, la izquierda no puede pretender la representación de un proyecto global (y por lo tanto totalizante) del hombre y de la sociedad, y mucho menos si ese proyecto se fundamenta en la dirección de una minoría ilustrada o de una vanguardia de revolucionarios. Aquello que debe morir, en definitiva, es cualquier intento orientado a realizar un sistema económico alternativo al capitalismo que se funde en experimentos de carácter político-autoritario. En contrapartida, aquello que aún pertenece como núcleo de identidad es la necesidad de una confrontación política con aspiraciones igualitarias de tipo laico, civil y reformista.

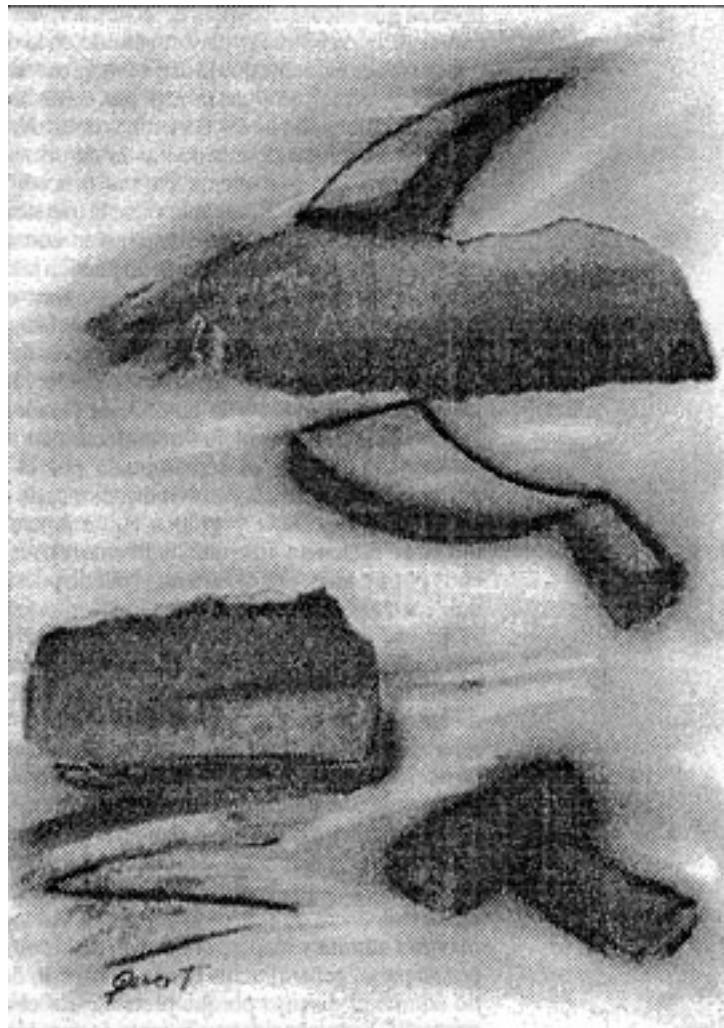
Las anteriores afirmaciones sobre lo que en las nuevas condiciones no puede representar a la izquierda, se fundamentan en la crisis irreversible por la que transitan dos de los más importantes paradigmas que caracterizaron a la izquierda durante el siglo XX. El primero de ellos se refiere a la existencia de un *conflicto central* de tipo social simbolizado por la lucha de clases. Este paradigma ocupó por muchos años el núcleo de toda la política de izquierda, principalmente de tipo comunista. Es posible demostrar empíricamente que la centralidad de la lucha de clases se ha desvanecido frente a la aparición de nuevas tensiones en el proceso de reorganización mundial. Los nuevos grupos de problemas representan no sólo una serie de aspectos vinculados con el desarrollo económico-social sino que también aparecen en una dimensión político-cultural que puede ser expresada por lo que ha sido denominado «el choque entre civilizaciones»¹⁴. Dentro de esta dimensión resalta la contraposición entre ética y política, está representada por los riesgos de destrucción del medio ambiente. Esta tensión es importante porque involucra una revolución ética y una involución cultural. Una revolución ética que consiste en una nueva lectura del concepto de responsabilidad como limitación de los comportamientos socialmente destructivos¹⁵, y una involución cultural que se relaciona con la crítica del consumismo

¹⁴ Quizás el más importante autor de esta tesis sea Samuel Huntington: «The Clash of Civilizations?» en *Foreign Affairs* vol. 72 N° 3, 1993, pp. 22-49. Además se sugiere la lectura de los artículos que continúan la discusión: «Responses to Samuel P. Huntington's The Clash of Civilizations?» en *Foreign Affairs* vol. 72 N° 4, pp. 2-26. No obstante, otros autores también se han referido a ella; Cf. Paolo Flores D'Arcais: *Etica senza fede*, Einaudi, Turín, 1992.

¹⁵ «La técnica ha alcanzado un poder incalculable, al grado de poner en discusión la misma sobrevivencia del hombre (en las sociedades modernas se) ha producido un salto enorme del cual nos damos cuenta solamente hoy: las decisiones que nosotros podremos adoptar, gracias a la tecnología, pueden alcanzar la condición de inmodificabilidad»; Ferdinando Adornato: *Oltre la sinistra*, Rizzoli, Milán, 1991, pp. 84-87.

desenfrenado¹⁶. El segundo paradigma en crisis que afecta a la izquierda se refiere al rol que el Estado debería desempeñar en la solución de las contradicciones sociales y en la promoción del «welfare state». Esta estrategia que nació orientada a la satisfacción de las necesidades sociales y a una nueva distribución de los recursos terminó creando, en sus experiencias clásicas, pesadas estructuras burocráticas que sólo contribuyeron a empeorar la prestación de los servicios públicos. Un proyecto renovador de la izquierda, no obstante todo, no puede abandonar impunemente estas experiencias que buscaban dar un contenido social al Estado y un contenido normativo al concepto de solidaridad. La izquierda debe reformular su línea de acción incorporando a la democracia la herencia ética del pensamiento socialista identificando nuevos objetivos e interlocutores. Este cambio obliga a un intransigente «ajuste de cuentas» con los propios errores e ilusiones. Salvo contadas y muy honrosas excepciones, es justamente en este punto en donde brilla por su ausencia la impostergable revisión de los postulados sostenidos por la izquierda latinoamericana durante largos decenios. No deja de sorprender el modo con el cual una parte de esta izquierda se ha adaptado –podríamos agregar que muy cómodamente– al cambio de paradigmas sin que mediara una revisión autocrítica, tanto política como cultural e ideológica, que hoy por hoy resulta fundamental en el necesario proceso de renovación que estamos sugiriendo. Sin embargo, cambiar no debe significar caer en la autoflagelación permanente y en el sentido de irremediable derrota. Este proceso debe apostar a la construcción de una nueva identidad recuperando los mejores valores de la herencia histórica del pasado e identificando las temáticas de la modernidad. En efecto, derechos humanos, tiempos de trabajo, organización urbana, ingeniería genética, medio ambiente, publicidad y medios de comunicación de masas, representan solamente algunos de los temas en los cuales la izquierda latinoamericana aparece dramáticamente en retardo con respecto a las nuevas condiciones internacionales. En tal contexto, una izquierda democrática debería promover la creación y la extensión de una nueva cultura de los derechos de ciudadanía, pero en esta elaboración el ciudadano debe dejar de ser, por un lado, el «sujeto de un reivindicación» y por el otro, una parte de la «gran contradicción social». La cultura que la izquierda necesita promover frente al tercer milenio debe considerar que el área de los derechos civiles constituye la nueva frontera de la política, en donde la categoría «libertad» representa el más importante indicador de la civilización humana.

¹⁶ De este aspecto se ha ocupado el filósofo alemán Hans Jonas, según el cual la humanidad debe evitar la catástrofe ecológica y para lograrlo todo es admitido, incluso una drástica disminución de los niveles de vida e incluso de la democracia; Cf. Hans Jonas: *Ética della responsabilità en Micromega* N° 2, Roma, 1990, p. 230.





Las ilustraciones acompañaron al presente artículo en la edición impresa de la revista